

LA PERVIVENCIA DEL HECHO RELIGIOSO

JOSEP LLUÍS VÁZQUEZ BORAU

Institut Emmanuel Mounier Catalunya

RESUMEN: El objetivo es mostrar cómo en el inconsciente de cualquier persona a lo largo de los tiempos perduran imágenes simbólicas o esquemas innatos, que son las formas arquetípicas en las que Dios ha impregnado nuestro ser para nuestra realización personal.

PALABRAS CLAVE: espiritualidad laica, calidad humana, sabiduría, conciencia, inteligencia espiritual, arquetipos, fe cristiana, numinoso, angustia, Dios.

La pervivencia del fet religiós

RESUM: L'objectiu és mostrar com en l'inconscient de tota persona al llarg dels temps perduren imatges simbòliques o esquemes innats, que són les formes arquetípiques en les quals Déu ha impregnat el nostre ésser per a la nostra realització personal.

PARAULES CLAU: espiritualitat laica, qualitat humana, saviesa, consciència, intel·ligència espiritual, arquetips, fe cristiana, numinós, angoixa, Déu.

The pervivance of religious fact

ABSTRACT: The aim is to show how the unconscious of everyone to the course of the last symbolic images or innate schemes, which are the archetypal forms in which God has permeated our beings for our personal fulfillment.

Keywords: Secular Spirituality, Search Quality human wisdom, conscience, intelligence spiritual archetypes, Christian faith, numinous, anxiety, God.

289

En los «Temas de debate» del diario *La Vanguardia* se abordó la cuestión de una «espiritualidad laica». El Dr. Marià Corbí, director del Centro de Estudio de las Tradiciones Religiosas, analiza el tema en su artículo «Cultivar la cualidad humana», en el que afirma:

Hay un grito, quizás angustioso, que clama por buscar con urgencia la cualidad humana, la espiritualidad de nuestros antepasados, cuanto más honda mejor, para gestionar sociedades de potentes ciencias y tecnologías, de lo contrario se podrían volver contra nosotros, contra las especies vivientes y contra el medio, como ya está ocurriendo... El cultivo de la espiritualidad, de la cualidad humana que fomentaban las

religiones, tendremos que estructurarlo y motivarlo sin creencias, sin religiones ni sumisiones, como una indagación laica y libre individual y colectiva, pero heredando toda la sabiduría que durante milenios acumularon las religiones y tradiciones espirituales de la humanidad. En una sociedad globalizada, todas las religiones espirituales y tradiciones espirituales ya son nuestras... Hay que aprender a heredar el pasado sin tener que vivir como ellos. Una sociedad de conocimiento, sin cualidad humana es una grave amenaza para el planeta¹.

Y la Dra. María José Frápolli, catedrática de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Granada da la clave sobre este tema en su artículo «De naturaleza espirituales», en el que afirma:

Nuestra naturaleza es ser espirituales... Los humanos, así como la materia de la que estamos hechos y la actividad racional sostenida por ella, somos parte de un mundo natural con impresionantes logros espirituales. La Declaración Universal de los Derechos Humanos, uno de ellos, es espiritualidad laica en estado puro... Una trampa en la que caemos al hablar de espiritualidad es suponer que la ética está vacía si no se fundamenta en la creencia en un ser externo al individuo que dicta lo que es correcto. Sin embargo, la ética que emana de nuestra conciencia de seres autónomos representa un estadio superior en nuestro desarrollo como seres humanos. El imperativo kantiano condensa la esencia de racionalidad madura, que exige la toma de decisiones y la asunción de sus consecuencias².

Sin entrar ahora en debate sobre estas afirmaciones, que serán contrastadas a lo largo de esta exposición, habría que decir que, si queremos que esta búsqueda de una «cualidad humana» llegue a buen puerto y no queremos quedarnos con «formas huecas de espiritualidad sin fundamento», debemos ir por caminos de profundización interior gracias al silencio, la sabiduría y la mística. Es decir, desarrollando en plenitud nuestra inteligencia espiritual, que es de lo que ahora vamos a tratar.

¹ CORBÍ, M. «Cultivar la cualidad humana», *La Vanguardia* [Barcelona] (septiembre 2013).

² FRÁPOLLI, M. J. «De naturaleza espirituales», *La Vanguardia* [Barcelona] (septiembre 2013).

1. La inteligencia espiritual y el hecho religioso

Sobre la pervivencia actual del hecho religioso comenzaré hablando de mi experiencia. A la edad de veinte años, gracias a un amigo, conocí al monje ermitaño benedictino de Montserrat, el padre Estanislao Llopart, hoy ya en la casa del Padre, que llegó a ser mi director espiritual y que me daba siempre esta única recomendación: «Haz silencio». ¿En qué se basaba para darme esta única recomendación? En la certeza de que todo ser humano es un ser habitado por una Presencia amorosa, y que si dejamos atrás nuestro pasado egoísta y callamos ante esta Presencia, podemos oír su voz que se nos va manifestando a través de los acontecimientos de la vida. Se trata de descubrir y vivenciar nuestra filiación divina, entrando en comunión con nuestro Padre-Dios, nuestra hermandad con en el Hijo-Dios y nuestra unión universal con el Espíritu Santo-Dios.

En el discurrir de los años esto me ha hecho reflexionar sobre la inteligencia espiritual que posee toda persona³. En los ámbitos educativos, durante muchos años y todavía ahora, se valora sobremedida la inteligencia racional de la persona. Se hacen tests sobre la capacidad intelectual y en función de esta se dictamina la orientación profesional del alumno. Sobre la inteligencia emocional, que implica nuestra capacidad de relacionarnos, apenas hoy se empieza a introducir en el campo educativo. Pero, en general, se cree que solucionando el campo de la inteligencia racional (IR) y el campo de la inteligencia emotiva (IE) ya está solucionado el tema educativo o el desarrollo integral de la persona, y de este modo se olvida la inteligencia espiritual (IES), que es la que orienta y da sentido a nuestra existencia.

Si la inteligencia racional (IR) se alimenta de ideas para dar lugar al raciocinio lógico y la inteligencia emocional (IE) se alimenta de sentimientos para dar lugar a la empatía, la inteligencia espiritual (IES) se alimenta del silencio para dar lugar a la sabiduría. En el contexto cultural en el que nos movemos, vivimos en un materialismo práctico, cuyo reflejo es el consumismo. No creemos en la vida espiritual. Vivimos enfangados en lo material. Cuando estamos enfermos acudimos al médico; cuando tenemos problemas relacionales vamos al psicólogo o al psiquiatra. Pero, ¿quién se preocupa de desarrollar nuestro mundo interior, nuestro mundo espiritual?

³ VÁZQUEZ BORAU, J. L. (2010). *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado*. Bilbao: DDB.

Faltan hombres y mujeres espirituales que puedan ayudar a desvelar el secreto interior del que todos somos portadores. ¿Por qué nos extraña, pues, que haya desaparecido el sentido ético en nuestras conciencias y haya florecido escandalosamente la corrupción?

2. La psicología profunda y el hecho religioso

El psicoanálisis ha descubierto el poder del inconsciente, pues nos llama la atención sobre el hecho de que nuestra vida, sin darnos cuenta, lleva las trazas de nuestra historia personal, sobre todo de nuestra primera infancia. Abandonamos la infancia pero la infancia no nos abandona. Nuestro lenguaje, nuestra conducta, nuestras angustias, nuestros sueños, nuestras obsesiones, están marcados por ella. Estas trazas pueden llamarse «simbólicas» en cuanto que manifiestan y ocultan a la vez esta historia inconsciente que estructura nuestro psiquismo. El análisis psicoanalítico es un esfuerzo del sujeto por descifrar estas trazas y por reducir su impacto doloroso en nuestra existencia.

Ahora bien, además de la parte consciente de la persona ubicada en la corteza cerebral, debemos fijarnos en la parte más antigua del cerebro humano: el diencéfalo, órgano central para todas las reacciones emocionales. Su función principal es la memoria, no solo en cuanto a la biografía personal, sino también en cuanto a la memoria de las experiencias fundamentales de la propia especie. Todo el tesoro de los últimos 150 millones de años de la historia de los mamíferos se encuentra en el diencéfalo. Son como programas de supervivencia, patrones de comportamiento o instintos que a lo largo de la evolución han servido para garantizar la reacción adecuada frente a las situaciones fundamentales de la vida. Lo que nos indica que disponemos a nivel del diencéfalo de esquemas heredados.

Frente al drama de la humanidad con sus tensiones y sus cuestiones fundamentales como el origen y el fin de la vida, el nacimiento, la muerte, el amor, el sexo, la angustia, la esperanza, etc., existen en el psiquismo humano arquetipos de orden colectivo, que son como formas germinales presentes en el inconsciente a modo de imágenes poeticosimbólicas o esquemas innatos. Son partes constitutivas del inconsciente de toda persona. Son las formas arquetípicas de las que Dios ha impregnado nuestro ser para nuestra realización personal. Anselm Grün afirma:

Nadie puede vivir de puros principios. Solo podemos vivir de historias en las que nos vemos reflejados porque los símbolos

e imágenes en los que se expresan hablan y sintonizan con los símbolos e imágenes existentes en el fondo de nuestra alma. C. G. Jung los llama arquetipos: son imágenes del alma humana que se encuentran en todos los seres humanos de todos los tiempos, aunque sean expresadas de formas diferentes. Según Jung los arquetipos no son todavía imágenes. No son más que modelos estructurales abstractos que necesitan revestirse de formas concretas. Jung habla del inconsciente colectivo que tiene almacenadas en si todas las experiencias de la humanidad⁴.

Un ejemplo de esto sería el modo de actuar de los pájaros que saben construir su nido sin tener que aprenderlo. Es decir tienen desde su nacimiento una imagen de su nido en la mente.

Estos arquetipos, que están en el fundamento de toda cultura, se actualizan ante todo en los mitos religiosos, las sagas, las leyendas, los cuentos y novelas, que expresan simbólicamente el drama de la existencia humana, donde el arte y la religión se unen indisolublemente. Estas obras ejercen a menudo para la sociedad una función iniciática que se capta mejor gracias a la sensibilidad artística. Además, estos arquetipos primordiales, que constituyen el inconsciente colectivo, se transmiten de generación en generación y hoy se revelan en el claroscuro de los sueños de cada uno. Esos arquetipos los encontramos en los relatos religiosos de todos los pueblos, pues proceden de Dios, creador del universo. De ahí que el propio San Agustín afirme: «La realidad misma que hoy llamamos religión cristiana existía ya entre los antiguos. Nunca ha faltado desde los comienzos de la humanidad hasta la encarnación de Cristo»⁵. Así, allí donde la Iglesia penetra, Dios la ha precedido con una revelación primordial y universal.

293

3. El camino y el monje

La concepción de la vida del ser humano como una peregrinación es común a muchos pueblos y tradiciones. De hecho, el camino constituye una de las cuatro o cinco metáforas mayores y primordiales, que pertenecen al acervo cultural de todos los tiempos. El camino es también un arquetipo del destino del ser humano y su

⁴ GRÜN, A. (2007). *Evangelio y psicología profunda*, 18. Madrid: Narcea.

⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Retractationes*, I, XII, III.

realización, ya que sin camino no puede haber caminata. Es la presencia del caminante en el camino lo que hace que pueda hablarse de peregrinación. Por tanto, la realización del camino para el caminante no es más que el peregrinaje de su propia persona, es decir, «el camino invisible del desarrollo personal». Así, el ser humano es un viajero que, si es sabio, se asombra de existir y se interroga a sí mismo sobre el camino, sobre el término y sobre el sentido del viaje. Es por esto que la peregrinación se convierte en un símbolo arquetípico, presente ya en las civilizaciones más antiguas y en la psique profunda de los seres humanos, y que se refleja en expresiones cotidianas relativas al llamado «camino de la vida»⁶. Esto permite definir al ser humano como un «animal itinerante»⁷, y considerar «la vida como peregrinación» vinculándola en muchas culturas y religiones con la idea del origen transcendente del ser humano y considerando los tropiezos y caídas de los caminantes como una representación de nuestros fallos, carencias y errores⁸.

Y cuando una persona, a lo largo del camino, desarrolla todas sus potencialidades se llega al «arquetipo del monje», que en el fondo no es otra cosa que llegar a ser contemplativos, «amigos de Dios», Veamos lo que dice sobre esto Raimon Panikkar:

294

Este arquetipo monástico bajo diferentes nombres lo encontramos en la mayoría de las tradiciones humanas. Por eso es bastante comprensible que precisamente quienes han cultivado esta dimensión con más diligencia hayan intentado institucionalizarla. Y esta es la paradoja: una vez lo monacal es institucionalizado, empieza a ser una especialización y corre el riesgo de ser exclusivo...

Y llega a afirmar:

Cada ser humano tiene una dimensión monástica, y cada uno debe realizarla de forma distinta.

⁶ CABODEVILLA, J. M. (1986). *Juego de la oca o guía de los caminantes*, 11-12, Madrid: BAC.

⁷ CIRLOT, J. E. (2006). *Diccionario de símbolos*. Madrid: Siruela.

⁸ Cf. SANTAMARÍA DEL RÍO, L. «Nuevas formas de búsqueda en el Camino», *II Congreso Internacional de Acogida Cristiana y Nueva Evangelización en el Camino de Santiago. El apóstol Santiago y la búsqueda de Dios en el camino*. Santiago de Compostela, 2014: 61-78.

Y ahora expone con nitidez su hipótesis:

Mi hipótesis es que lo monacal, es decir, el arquetipo del cual el monje es una expresión, corresponde a una dimensión de lo humano, de modo que todo ser humano tiene potencialmente la posibilidad de realizar esa dimensión. Lo monacal es una dimensión que tiene que ser integrada a otras dimensiones de la vida humana para conseguir lo humano. No solo de pan vive el hombre. Arquetipo, para mí, representa literalmente un «tipo fundamental», es decir, un constituyente básico o relativamente permanente de la vida humana. Puede también significar algo que está escondido en la naturaleza humana, porque es causa y efecto de nuestro comportamiento básico y de nuestras convicciones⁹.

4. Un proceso integrador de la religión

La verdad religiosa no habita fuera del ser humano, sino dentro de su propia alma. En los arquetipos del inconsciente humano, generados a lo largo de millones de años a partir de situaciones vitales, se encuentran todas las imágenes de salvación a modo de estructuras psíquicas que esperan ser reactivadas. Detrás de la diversidad cultural y de la aparente divergencia en la expresión religiosa existe una analogía psíquica, una afinidad de estructuras básicas que se hacen patentes en la analogía de las imágenes, sueños, mitos, etc. Toda persona lleva en su ser eternas imágenes de salvación, a modo de arquetipos en su alma. Pero estas jamás pueden sustituir el encuentro con el Tú absoluto de Dios, ya que son los arquetipos los que conducen al ser humano hacia tal encuentro. Además, la psicología profunda siempre ha constatado la necesidad de un Tú de confianza para rescatar al ser humano de su estado de angustia y ensimismamiento. Ese Tú es Cristo, que ha conocido la angustia de la muerte y la ha superado con la resurrección, y nos ha abierto así un camino de salvación eterna¹⁰.

La fe es una ayuda para la vida. Pero no precisamente porque ofrezca al ser humano una autocompensación psicológica, sino porque, gracias al encuentro personal con Dios, en Cristo, que no

⁹ Cf. PANIKKAR, R. (1993). *Elogio de la sencillez*. Estella: Verbo Divino.

¹⁰ Cf. DREWERMANN, E. *Método historicocrítico, psicología y revelación*, «Una aproximación a E.D.», por BOADA, J., *Selecciones de Teología*, (1990), núm. 53, p. 5-32.

se produce por necesidad sino por gracia –y al que debemos mantenernos fieles para experimentar su fuerza vital– logramos nuestra plena realización como personas. Si, por el contrario, el ser humano no alcanza la integración personal, entonces no puede hacer frente ni a su propia angustia vital ni a los efectos destructivos de la misma como la violencia, la irresponsabilidad respecto a la ecología o la arrogancia tecnológica.

La fe cristiana es ayuda para la vida precisamente porque hace que nos encontremos con el amor singular, históricamente concreto, de Dios. La fe cristiana es una respuesta gratuita a las tensiones fundamentales de la existencia humana. Esta respuesta no es solo una profundización en la propia existencia humana, sino que también es una respuesta, un sí, al encuentro concreto con Dios que se hace histórico.

5. Descubrir nuestro ser esencial

El primer sufrimiento del ser humano es la angustia y los estados que la acompañan. La causa parece ser el temor a la aniquilación del yo. Los psicoterapeutas se aplican a superar la angustia con sus terapias. Pero no se va a la causa de nuestro sufrimiento esencial, que es la ignorancia de lo que somos en nuestra naturaleza primordial para lograr llegar a la paz interior. Se trata de acceder a lo *numinoso*¹¹, es decir, hacer presente en la persona un sentimiento, una vivencia, una impresión específica producida por el objeto religioso, es decir por el *misterio*. Esta es la auténtica terapia: reconocer, aunque solo sea por un instante, que la persona es alguien distinta del yo empírico con el que se identifica hasta este momento. Así se expresa C. G. Jung: «Lo que sobre todo me interesa en mi trabajo no es el tratar la neurosis, sino acercarme a lo numinoso. Y no es menos cierto que el acceder a lo numinoso es la única y verdadera terapia»¹². En una palabra, se trata de tener conciencia de nuestra realidad más profunda, la presencia divina en nosotros, que nos ocultaba nuestro propio yo.

Pero el ser humano, dominado por su sentimiento de angustia, relacionado básicamente con la pérdida del propio yo empírico, se ve indefenso y sometido a las fuerzas del inconsciente. Solo puede salir de esta situación gracias a una persona absoluta, que no forma

¹¹ Término extraído del libro de OTTO, R. (1996). *Lo santo*. Madrid: Alianza Editorial.

¹² JUNG, C. G. (1993). *Correspondance: 1941-1949*, 114. París: Albin Michel.

parte del psiquismo humano. Así, para entrar en contacto con la divinidad se requiere ir más allá y adentrarse en el mar desconocido del inconsciente hasta llegar a la otra orilla donde nos espera Dios. De ahí la importancia de «hacer silencio». La persona humana por sí misma no consigue ni la revelación ni la salvación. Necesita un absoluto, una Persona, Jesucristo, que suscite en ella la necesaria atmósfera de confianza, que haga desaparecer la angustia, condición indispensable para que puedan aparecer en el primer plano de la conciencia las imágenes salvadoras que llevamos dentro. Todos nosotros estamos llamados a descubrir nuestro ser esencial que se hace presente en ciertas experiencias. Nuestro ser esencial es una realidad que no puede ser capturada con las redes del pensar. Es un conocimiento que no necesita del pensar. La vida espiritual tiene como substrato nuestro ser de naturaleza, nuestra «verdadera naturaleza», la de «hijo de Dios» en Cristo que puede llamar a Dios «Padre».

6. Dios como conciencia colectiva

El sentimiento de soledad es una ilusión. Por encima de los acontecimientos fragmentarios de nuestra historia y en cada uno de ellos hay una comunicabilidad inevitable fruto de la constitución de nuestro ser. Hemos nacido de Dios y estamos destinados a hacernos divinos. Existe un *nosotros* inicial formado por Dios y nuestro ser, que es indestructible. Dios es el Tú fundamental de toda alma humana. Dios es más íntimo a la persona que la persona misma; vive con su vida, es inmanente a su destino y asociado, por tanto, a sus desgarros. Sufre en nosotros la aventura de nuestro destino. Saca el máximo de amor de todas nuestras peripecias. Y si nos pervertimos y caemos sigue amándonos inmutablemente y su llamada permanece para siempre. Dios es la causa esencial de cada conciencia y solamente él tiene el secreto total de nuestras vidas. En el *nosotros* su presencia creadora nos contiene a todos.

El yo no es más que una etapa; el *nosotros* es un fin y la soledad un medio de percibir los valores. Dios es quien promueve todo amor y quien está presente en todo amor. La relación de nuestra persona y Dios es la más fundamental y la más continua, comparada con las demás relaciones humanas, pero es la menos igualitaria de todas. El conocimiento de Dios es posible gracias a una especie de cortocircuito donde él se nos comunica plenamente. Tiene una eternidad de tipo único, que no comporta ni pasado ni futuro. La eternidad no es nada más que la toma de conciencia del carácter absolutamente interno de las relaciones duraderas.

El *nosotros* es una forma de ser con un crecimiento conjunto ilimitado. Si bien Dios está presente en todas las conciencias, es en el mismo Dios en el que todas se encuentran. El tú eterno que cada conciencia encuentra en ella misma, y que le precede, completa y termina la acción creadora ejercida sobre ella por las personas que la aman. La relación en donde dos seres queridos se encuentran, no se da ni en el yo ni en el tú, sino en el *nosotros*. Así, en las conclusiones de su libro *La reciprocidad de las conciencias*, Maurice Nédoncelle puede afirmar:

Solo en la divinidad se congregan las comuniones. En consecuencia, el orden personal escapa por entero a las ideas generales; está en la naturaleza, pero la naturaleza no lo alcanza en su esencia, porque no se funda en un concepto de personalidad o de interpersonalidad, sino en un espíritu concreto, que es Dios mismo. La Persona con la que todos comulgamos no es una idea, sino un nombre propio; y cada uno de nosotros es único en ella y por ella. Pero cada conciencia retiene también un crecimiento desigual, una esfera de influencia precaria, y su propia orientación implica una disparidad interna¹³.

7. La comprensión de la realidad

Nuestro cerebro, por el hecho de ser humanos, tiene una tendencia irresistible a construir modelos de la realidad que nos permitan interpretar satisfactoriamente lo que sucede en el mundo. Y esto, más allá de las motivaciones de satisfacción de las necesidades vitales que tiene el reino animal. Así, las religiones son epopeyas culturales impresionantes creadas por los humanos para orientarse hacia Dios¹⁴. Pero como a Dios no se le puede describir, todos los datos religiosos son elaboraciones humanas, proyecciones sobre Dios de nuestras mejores intuiciones sobre Él, expresadas en formas poético-simbólicas. Esto es lo que nos recuerda santo Tomás de Aquino:

Como nuestra mente no es proporcionada a la substancia divina, la substancia de Dios queda más allá de nuestro inte-

¹³ NÉDONCELLE, M. (1997). *La reciprocidad de las conciencias*, 310, núm. 272, Madrid: Caparrós Editores.

¹⁴ Cf. NOGUÉS, R. M. (2008). *L'evolució darwiniana de les religions vertaderes*, 25. Barcelona: Cruilla.

lecto, por lo que nos es desconocida. De aquí que el conocimiento supremo que tenemos de Dios es saber que no conocemos a Dios, en la medida que sabemos que lo que Dios es sobrepasa todo lo que podemos comprender de Él¹⁵.

Estas formas se han desarrollado en otras circunstancias y en culturas diferentes y han dado lugar a distintas religiones que merecen el título de «valiosas», pues son expresión de la misma experiencia psíquica. Así, a lo largo de la historia de la humanidad sobre Dios, tan solo se ha podido hablar de Él con formas simbólicas. De esta manera a Dios se le ha presentado en versiones femeninas (madre, esposa...) o masculinas (padre, señor...) sabiendo que no es un ser sexuado; otras veces se han utilizado figuras de animales (águila, paloma...) o fuerzas de la naturaleza (viento, fuego, roca...). Martín Velasco hace notar que la simple afirmación de que Dios «existe» ya es una afirmación antropomórfica en la medida en que al ser humano no le es posible imaginar existencias más intensas que la existencia de la persona humana¹⁶. Por todo esto resulta importante situar las imágenes de Dios en contextos etnológicos y culturales para entender tanto la limitación como el poder de expresión de estas imágenes, sabiendo que los símbolos religiosos de otras religiones nos pueden ayudar a comprender más profundamente el sentido de nuestros símbolos.

299

8. La singularidad del cristianismo

Los símbolos y las narraciones simbólicas del cristianismo no se hubieran podido soñar ni comunicar desde el interior, si previamente no hubiese existido, como condición absoluta, un campo de confianza que solo puede surgir en torno a una persona histórica: Jesús de Nazaret el Cristo, que fue capaz de crear en torno a sí un clima donde se suscitaron todas aquellas imágenes que llevan a la persona a su salvación total. Estas imágenes provienen en último término de Dios, que las ha depositado en nuestros corazones y que son los símbolos eternos de las religiones, que tienen un carácter de sanación y de redención y que se manifiestan en los sueños. La singularidad del cristianismo no consiste en ver los símbolos de la fe como completamente distintos a los de las demás religiones, sino

¹⁵ TOMÁS DE AQUINO, *De Potentia*, q.7, a.5.

¹⁶ MARTÍN VELASCO, J. (2002). *El hombre y la religión*. Madrid: PPC.

en el carácter único y singular de Jesús de Nazaret, el Hombre-Dios que ha experimentado la angustia frente a la muerte y la ha superado con la resurrección, y ha creado así un clima de confianza frente a la angustia, que es el mal fundamental de la humanidad. Así pues, Jesucristo nos ofrece una plenitud de sentido a nuestra vida.

Hay que dejar espacio a la confianza que va madurando lentamente y no imponer impacientemente de manera autoritaria la fe cristiana. Pues si los símbolos de la fe se encuentran aislados del inconsciente y solo se sitúan en el plano del puro entendimiento, entonces aparece la alienación existencial y la neurotización de la psique. Pablo VI nos recuerda:

La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su «lengua», sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta. Pero, por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si queriendo adaptar una realidad universal a un espacio local, se sacrifica esta realidad, se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad¹⁷.

300

Una vez descubierto a Cristo en Jesús, desaparecen todas las paredes divisorias. El espíritu de Jesús resucitado, el Cristo, actúa en todas partes. No nos toca llevar a Cristo donde no está, sino más bien descubrirle donde ya está, aunque a veces de forma misteriosa y desconocida para nosotros. La misión tiene por objeto nuestra propia contribución al plan divino para con el mundo, lo que conlleva escuchar a las demás personas, escrutar los signos de los tiempos, edificar la comunidad, promover la libertad y la justicia y dar testimonio de nuestra esperanza.

CONCLUSIONES

Lo sagrado se manifiesta

Cualquiera que sea el contexto histórico en el que el ser humano esté inmerso, cree siempre que existe una realidad absoluta que

¹⁷ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, núm. 63 [Roma] (8 de diciembre de 1975).

trasciende este mundo, pero que se manifiesta en él y, por eso mismo, la hace real. Cree que la vida tiene un origen extramundano y que la existencia humana actualiza todas sus potencialidades en la medida en que participa de lo *sagrado*. Rudolf Otto distinguió cuatro movimientos en el desarrollo de la disposición que aboca al ser humano a lo sagrado: El primero es el sentimiento de creatura dependiente; el segundo es el sobresalto producido ante la grandeza y soberanía de lo desconocido; el tercero se refiere al misterio que sobrepasa el marco de nuestros conocimientos ordinarios; y el cuarto es la aceptación de lo misterioso como valor supremo para el ser humano. Este deseo de comprenderse remontándose a los orígenes es algo que está muy lejos de la ingenuidad. En ello está implicado el sentido de la existencia humana, de su relación con lo sobrenatural y también de una esperanza por encima de las limitaciones presentes. Lo sagrado o lo santo es inaccesible a la comprensión conceptual, solamente puede describirse desde la reacción que produce en la conciencia humana. Su conocimiento es debido a una disposición connatural para comprender lo que rebasa la experiencia sensible.

El conocimiento de la existencia de Dios es connatural al ser humano

301

Este conocimiento es inherente a su misma naturaleza racional y es una idea innata en la raíz y estructura de su ser. De hecho, de los seres dotados de materia solo el ser humano es capaz de religiosidad, no en virtud de su materialidad, ni de su animalidad, sino de su racionalidad. El ser humano es religioso por su misma naturaleza, es decir, está programado así. Sin inteligencia no hay conocimiento real de Dios, ya que la divinidad trasciende el alcance de los sentidos. La dimensión espiritual de la inteligencia o la inteligencia espiritual (IES) es capaz de descubrir las huellas de Bondad, Belleza y Verdad divinas, impresas en el universo y en el mismo ser humano, que está sediento de Dios, que es meta e imán, único capaz de saciar el ansia humana de ser y de ser feliz para siempre. Si todos los seres humanos tienen sed, debe existir algo capaz de saciarlos. Si todas las personas tienen sed de felicidad debe existir Alguien que las sacie, pues solo la Persona, no las cosas, es capaz de llenar a la persona¹⁸.

¹⁸ Cf. GUERRA GÓMEZ, M. en AA. VV. (1991). *39 Cuestiones doctrinales*. Madrid.

El ser humano «digital», al igual que el de las cavernas, busca en la experiencia religiosa los caminos para superar su finitud y para asegurar su precaria aventura terrena. Por lo demás, la vida sin un horizonte trascendente no tendría un sentido pleno, y la felicidad, a la que todos tendemos, se proyecta espontáneamente hacia el futuro, hacia un mañana que todavía está por realizarse¹⁹.

El hecho religioso pervive

Si entendemos por «religión» un diálogo existencial entre la persona y Dios, existen infinitas e inescrutables maneras con las que el Absoluto, en su infinita sabiduría y bondad, escoge realizar su proyecto de salvación universal. Es por esto que es imposible hacer un pronóstico del futuro de la vivencia religiosa, tanto en su vertiente personal como comunitaria o institucional. Lo único que podemos hacer es ver cómo en la actualidad el ser humano sigue satisfaciendo su deseo «recóndito» de Dios, pero persiste la tentación de querer hacerlo a través de caminos diferentes de por los que Él nos llama. El proceso de secularización ha conducido a menudo a un florecimiento de instancias sagradas múltiples. Algunas son genuinas, pero otras no, como la Nueva Era, porque más que una búsqueda de lo sagrado tienen más de fuga hacia el esoterismo.

El sentimiento religioso pervive y, cuando negamos su existencia, nos sale por las orejas, es decir, hace de la patria, del partido, del club de fútbol, del vegetarianismo, del consumismo, etc. una religión. Por esto, gracias a nuestro testimonio de vida personal y comunitaria, hemos de suscitar en los increyentes que surjan de su interior los anhelos divinos que todos llevamos dentro, estando muy atentos a presentar imágenes y símbolos adecuados de la buena nueva del Reino de Dios. Estamos llamados a ser otros cristos, llenos de amor y misericordia, que, por el ejemplo de nuestras obras de bondad, «evangelios vivientes», suscitemos el anhelo de alabanza a Dios Padre. Como nos dice el evangelio de Mateo: *«Así, debe brillar vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»*²⁰.

¹⁹ BENEDICTO XVI. Audiencia del 11 de mayo de 2011:

²⁰ Mt 5, 16.

Josep Lluís Vázquez Borau

Profesor y escritor especializado en Ciencias Religiosas

Doctor en Filosofía y en Teología

Autor de más de noventa obras de filosofía, teología, espiritualidad y semblança de personajes

Presidente de honor del Institut Emmanuel Mounier de Catalunya y fundador de la Comunitat Ecumènica Horeb-Carles de Foucauld

jl vazquez.borau@gmail.com

[Artículo aprobado para su publicación en febrero de 2017]